

ANTÓN LOSADA

LOS RICOS VAMOS GANANDO

SEÑORES CONTRA CIUDADANOS EN LA ESPAÑA NEOFEUDAL

POR QUÉ
ELLOS
HAN SALIDO
DE LA CRISIS
YTÚ NO

DEUSTO

Los ricos vamos ganando

Señores contra ciudadanos
en la España neofeudal

ANTÓN LOSADA



EDICIONES DEUSTO

© 2015 Antón Losada

© Centro Libros PAFP, S. L. U., 2015

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: microbiogentleman.com

Imagen de cubierta: © Image Source/Getty Images y © iStockphotos

ISBN: 978-84-234-2047-6

Depósito legal: B. 2.682-2015

Primera edición: marzo de 2015

Preimpresión: Medium

Impreso por Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Lista de tablas	11
Lista de gráficos	13
I. Viene la España neofeudal	15
II. La leyenda de la recuperación económica	43
III. Los ganadores se lo llevan todo	81
IV. Los perdedores deberían estar agradecidos	125
V. Señores contra ciudadanos.	
Nuestros hijos serán los siguientes	169
VI. Ciudadanos frente a señores.	
Siempre nos quedará la política	197
Agradecimientos	231
Webs documentales	233
Bibliografía	235

I

Viene la España neofeudal

Nunca permitas que la realidad te estropee un buen titular. Es la regla de oro de la política moderna. Los líderes y gobernantes sólo comparecen para dar buenas noticias a través de los medios de comunicación de masas. Las malas noticias llegan boca a boca, cuando te suceden a ti y ya no queda tiempo para reaccionar.

La gran mayoría de los españoles han descubierto qué significaban realmente la reforma laboral, el programa de estabilidad presupuestaria o la reforma de las pensiones cuando han ido a buscar un empleo, o han cobrado su primera nómina del año, o les han ingresado la pensión, o cuando han ido al médico porque les dolía algo, o han acudido a la farmacia para comprar los medicamentos que les acababan de recetar, o al principio del curso cuando han ido a buscar los libros de los niños. El gobierno y la mayor parte de los medios les habían contado otra historia, una más confortable y tranquilizadora donde los recortes y los sacrificios recaían siempre sobre los demás, sobre quienes realmente se los merecían; porque todo el mundo sabe que tú no te los mereces.

En *Piratas de lo público* identificaba cómo el *neoliberalismo corsario* había suministrado cobertura moral e intelectual al asalto contra el Estado del Bienestar mediante su discurso donde todo lo público se acaba volviendo perverso para la libertad individual, peligroso para la democracia e inútil para resolver

los problemas sociales. Desde el inicio de esta crisis ese mismo neoliberalismo se ha acreditado también como un corsario de la verdad, en cada ocasión más voraz e impúdico.

Una vez más la lógica reaccionaria se ha convertido en su principal arma. Pensar diferente resulta perverso, peligroso e inútil. Vivimos en la edad de oro del *pensamiento patrocinado*. El dinero ya sólo compra fuerza para mantener el poder en los países pobres. En los países ricos patrocina ideas. Al parecer sólo existe una verdad respecto a cuánto ha sucedido durante estos últimos años de crisis y devastación: la verdad patrocinada. Todo lo demás es populismo o demagogia. Los relatos alternativos con ricos y pobres, ganadores y perdedores, o las opciones políticas que construyan sus programas sobre esos relatos son sistemáticamente presentados como perversos para la libertad individual, peligrosos para la democracia e inútiles para resolver los problemas económicos.

Este libro piensa diferente, quedáis avisados. Por tanto es perverso, peligroso e inútil. En esta historia encontrarán ricos y pobres, ganadores y perdedores, favorecidos y desfavorecidos. En este relato, ni la crisis presupone una desgracia inevitable, ni las cosas suceden porque sí y porque no quedaba otro remedio. En este relato, las cosas suceden porque alguien sale ganando, siempre queda otro remedio y siempre existen opciones alternativas y diferentes a las políticas de sufrimiento masivo que nos presentan como las únicas posibles. En este libro se busca explicar por qué los ricos, aquellos que tenemos acceso a las mejores oportunidades para progresar y acumular riqueza, vamos ganando al aprovechar la crisis para imponer políticas que nos aseguren aún más esas oportunidades y continuar acumulando más riqueza.

Pero a lo largo de las páginas que siguen también se intenta explicar cómo no tiene por qué ser así, ni constituye la única opción disponible. Las autoridades competentes y el *pensamiento patrocinado* os advertirían de que el consumo de este libro perjudica gravemente vuestra salud y la de quienes se hallan a vuestro alrededor. A lo mejor tienen razón. Leed con cuidado y desconfiad de cuanto leáis.

Por la recuperación económica hacia la España neofeudal

La tesis central que pretende demostrar este texto resulta clara y sencilla de entender. Los ricos hemos sabido convertir la crisis en una oportunidad política y económica para subvertir el modelo de las sociedades del bienestar que había logrado cierto grado de hegemonía en Occidente, aunque fuera mediante formas y regímenes diversos. Hasta ahora los ricos, las élites económicas y financieras, los grandes patrimonios y las grandes corporaciones no habíamos tenido más opción que aceptar el ideal del bienestar como una responsabilidad pública por causa del avance de la democracia dentro de las fronteras del Estado-nación, la expansión y profesionalización del propio Estado del Bienestar y la mayor capacidad de organización y movilización por parte de otros intereses y fuerzas sociales.

Pero la llamada crisis nos ha permitido decir: ¡Basta! y promover un verdadero proceso de «subversión antidemocrática y clandestina» contra la idea y el modelo del Estado social o del Bienestar democrático y de derecho. Un proceso de subversión antidemocrática y clandestina financiado gracias a la movilización masiva de los recursos económicos de las élites económicas y financieras y a la porosidad económica de las fronteras estatales. Un proceso de subversión antidemocrática y clandestina que desarrolla estrategias de acoso y derribo sistemático contra los proyectos supraestatales como la Unión Europea (UE), o contra los gobiernos y Estados que pudieran tratar de desarrollar políticas económicas alternativas a aquellas que aseguran los procesos de acumulación de la riqueza. Un proceso de subversión antidemocrática y clandestina facilitado y promovido por el acceso y la influencia de los ricos y las élites ante los decisores públicos y la capacidad de su *pensamiento patrocinado* para construir y difundir masivamente un poderoso relato donde lo público siempre se declara culpable y la austeridad se ofrece como el único camino posible.

«La gran crisis de 1914-1945 con la destrucción de capital por la inflación, las dos guerras mundiales y la Gran Depresión, su-

mado a cambios institucionales, como la creación del Estado del Bienestar, revirtieron un poco el proceso de creciente desigualdad que veíamos desde la revolución industrial» (Thomas Piketty, bbv.co.uk 7/3/14). Por la vía de los hechos y las políticas impuestas desde la aparente neutralidad de una supuesta «gobernanza tecnocrática mundial» instituida por medio de organismos como el FMI o la OCDE, hurtando o evitando el debate político y la decisión democrática, los ricos pretendemos revertir lo más rápidamente posible estas cinco décadas de modesto crecimiento de la igualdad y la redistribución de la riqueza. Una progresión de la igualdad que se explica principalmente por la expansión de la idea de un Estado del Bienestar que asumía un papel de actor principal en el funcionamiento de la economía y la creación de riqueza, promovía el pleno empleo y la redistribución de la riqueza y las oportunidades, consideraba una responsabilidad colectiva la provisión universal de bienes públicos mediante servicios públicos y facilitaba la autonomía del individuo para tomar sus decisiones y ejercer sus derechos gracias a su propia condición de ciudadano. No es economía, es ideología. Los ricos necesitamos cambiar el modelo económico y social porque es precisamente el modelo de la sociedad del bienestar el principal factor que explica las modestas tendencias de reversión de la desigualdad y redistribución de la riqueza.

Los ricos rechazamos ese modelo porque estorba la creación y acumulación de la riqueza y resulta contrario a nuestros intereses. No estamos dispuestos a seguir sufragándolo y queremos cambiarlo. Pero hemos aprendido la lección luego de setenta años de democracia en muchos países tras la segunda guerra mundial, incluso hemos aprendido la lección tras apenas cuarenta años de democracia en España. No estamos dispuestos a asumir el coste político de plantearlo abiertamente, como una elección política que deba tomar el conjunto de la sociedad a través de sus instituciones democráticas. Saldría demasiado caro y además podríamos perder. Ha resultado mucho más barato y eficiente transformar la crisis de un modelo económico de crecimiento insostenible y apropiación ilimitada de superbeneficios en una crisis política e institucional. Lo que era y continúa siendo una elección política

y colectiva que en democracia deberían tomar todos los ciudadanos: en qué modelo de sociedad queremos vivir, se ha transformado en una elección económica que sólo quienes sabemos qué está pasando, quienes entendemos qué puede pasar, quienes tenemos y somos propietarios deberíamos adoptar; una decisión compleja y delicada que sólo los ricos vamos a tomar.

El futuro ahora nos pertenece, es sólo nuestro. Detrás de la lógica política que ha sostenido y argumentado las intervenciones de países y empresas, la irrupción de gobiernos tecnocráticos o la ruptura flagrante de promesas y compromisos electorales se percibe con claridad una idea madre de todas las austeridades: sólo quienes nos jugamos realmente algo tenemos derecho efectivo a decidir. La gran mayoría no es propietaria, no se juega gran cosa y desde luego no se juega lo que arriesgamos nosotros. Tal y como lo vemos los ricos, no resulta justo que decida, ni que sus decisiones deben resultar o entenderse como vinculantes. Existe un bien superior que hay que proteger antes que la democracia: los derechos de los propietarios, de los nuevos señores enriquecidos y empoderados aún más con la crisis.

Los ricos vamos ganando porque hemos logrado subvertir la legitimidad democrática que percibíamos como una amenaza para nosotros y nuestros patrimonios. Hemos ganado la batalla política de las ideas sin apenas haber necesitado librarla. Lo más legítimo hoy ya no reside en aquello decidido de manera más democrática por la mayoría. La democracia representativa ha comenzado a degenerar de manera acelerada en un nuevo régimen; la *austerocracia*. Ahora entre nosotros rige con mano de hierro otra legitimidad más acorde con nuestros intereses como propietarios: la *legitimidad austerocrática*, lo más legítimo ahora siempre es lo más barato, aquello que menos pueda amenazar nuestra riqueza y nuestra propiedad.

En el éxito de este proceso de cambio de legitimidad ha resultado clave el papel jugado por la propagación masiva del discurso de la antipolítica como argumento principal. El *pensamiento patrocinado* ha dedicado mucho tiempo y esfuerzo a publicitar con indudable éxito que la corrupción va indisolublemente unida a la política. Los numerosos pero particulares casos de corrupción

han sido amplificadas y redifundidas de manera selectiva hasta convertirlos en una causa general contra la política. Los propios partidos han contribuido a alimentar esta percepción, tanto al tolerar los casos de corrupción, como al recurrir a la táctica de extender la sospecha sobre el conjunto del sistema político para difuminar sus escándalos particulares. En todos los casos se repite convenientemente un mismo relato donde el corruptor parece no existir. No hay empresas ni empresarios que se benefician y obtienen lucrativos contratos y si los hay, jamás conocemos sus nombres, ni los vemos condenados por la Justicia. La corrupción siempre empieza y acaba en la política. Dado que en el discurso de la antipolítica todos los políticos son iguales, todos los políticos han de ser corruptos o acabarán siéndolo. El corolario final del argumento resulta obvio: dado que lo público se construye desde la política, lo público también acaba generando inevitablemente corrupción. Lo público ya no es lo mejor para la democracia. Ahora lo privado se ha convertido en lo mejor para la democracia.

Al tiempo de los *ciudadanos*, reconocidos y tratados como sujetos de derechos y obligaciones por un Estado comprometido en algún grado con el desarrollo de su autonomía, le sucede ahora este nuevo tiempo de los ciudadanos asimilados a los antiguos vasallos porque sus derechos dependen cada vez más críticamente de la discreción y la voluntad de los propietarios, de los *señores*. Los derechos de los ciudadanos han dejado de ser promovidos por un Estado cada vez más inerme y debilitado por el estigma de la corrupción y cuya función primordial se ha vuelto, cada vez en mayor medida, garantizar los derechos de los propietarios.

Casi todas las generaciones han de afrontar, antes o después, el hecho de que su mundo ha cambiado y todas las incertidumbres y angustias que eso genera. Desde una visión lineal de la historia, unos lo hacen sintiéndolo como un *shock* de futuro que viene a confirmar que el mundo camina indefectiblemente hacia su ruidosa desaparición, otros lo interpretan como un síntoma del progreso de la humanidad siempre avanzando hacia algo mejor.

Desde una visión más circular de la historia, muchos prefieren entenderlo como otro giro en una sucesión de civilizaciones donde la humanidad vive, no repite, nuevas versiones de viejas etapas y modelos. En esa óptica circular de la historia, el análisis de la evolución de las sociedades capitalistas modernas hacia una orientación *neomedieval* forma parte relevante del pensamiento contemporáneo desde hace décadas. Ya en los años treinta Nikolái Berdiáyev defendió la idea de la creciente medievalización de una sociedad asolada por el fascismo y al borde de la segunda guerra mundial. Durante la década de los setenta el geógrafo Giuseppe Sacco, el historiador Furio Colombo, el lingüista Umberto Eco y el sociólogo Roberto Vacca, lanzan su ya clásica denominación de «La nueva Edad Media» para bautizar el mundo que empezaba a emerger tras la crisis del petróleo y el arranque de la globalización. Durante los años noventa el pensador francés Alain Minic (1994), tomando como referencia los brutales conflictos bélicos y étnicos desatados en los Balcanes, teorizó el carácter neomedieval de un mundo en plena globalización, destacando los paralelismos que registraba entre el actual y el anterior período medieval, vivido por Europa tras la caída de Roma.

La tesis neomedievalista ha identificado diversas equivalencias entre la edad medieval y esta «nueva Edad Media» llena de paralelismos pero no igual. Se suelen destacar la carencia o difuminación de un centro de poder jerárquico definido y las crecientes dificultades de comunicación en un mundo que se fracciona y aísla a causa del exceso de información. También se ha resaltado la inseguridad y la provisionalidad rampantes que se registran respecto a los modos de vida y producción, la vietnamización (Colombo, 1973) de las ciudades y la emergencia continua de nuevos espacios grises o «feudos» donde el Estado y la ley se retiran y gobierna la voluntad de los señores de la guerra, las mafias o las bandas organizadas. Otro paralelismo destacado con frecuencia se refiere al tipo de pensamiento dominante, marcado por una asfixiante especialización tecnológica, la obsolescencia programada de las tecnologías y el vigente y dogmático formalismo intelectual centrado en la recopilación y el inventario del conocimiento y el renacimiento del pensamiento mágico y las religiones.

Las tesis neomedievalistas han reflexionado hasta ahora de manera prioritaria desde una perspectiva marcadamente sociológica. Han pivotado en torno a la identificación de los paralelismos respecto al medievo en cuanto a las políticas tecnológicas y de seguridad, urbanismo y territorio, ecología o cultura. Su atención respecto a las equivalencias en cuanto a la consideración de la propiedad y las diferencias entre propietarios y no propietarios, los modos de producción o las relaciones económicas ha resultado más bien secundaria, al igual que los enfoques más económicos o politológicos. Pero paradójicamente ha sido precisamente en esas políticas y en esos ámbitos donde la crisis y las políticas de gestión de la misma, basadas en la austeridad y el recorte de todo lo público, más parecen haber acelerado la recuperación, reconstrucción o renovación de modelos de organización social y económica de inspiración *neofeudalista*.

La mayoría de los ciudadanos aún se comporta y vive convencido de habitar en el marco del modelo de una sociedad del bienestar. Se asume que la crisis y las dificultades económicas han obligado a implementar recortes y a hacer ajustes, pero la mayoría se mantiene convencida de que se trata de turbulencias pasajeras, que cuando la economía se recupere y vuelva el crecimiento económico retornará, de una manera u otra, algo parecido al Estado del Bienestar. Sin embargo, los recortes y cambios que los ciudadanos han aceptado en el funcionamiento de la economía o la política se asumen como permanentes, incluso necesarios y deseables. La tecnocracia parece haber vencido definitivamente a la política y el poder se vuelve cada vez más disperso, opaco y oscuro. El clientelismo y el patronazgo renacen como maneras emergentes de participar en política. Los partidos políticos agonizan en manos de no se sabe qué modelos emergentes de acción y organización política, la mayoría inspirados por el individualismo exacerbado y el liderazgo místico. Lo público es colonizado y repoblado por lo privado. Casi nadie echa de menos al Estado en los mercados o a los sindicatos en el mercado laboral. Parece como si los mismos ciudadanos que esperan volver a las políticas del bienestar no quisieran en modo alguno regresar a la política ni a la economía que las hicieron posibles.

Sólo los señores heredarán la tierra

En esta «nueva Edad Media» (Eco, Colombo, Alberoni, Sacco, 1973; Minc, 1994) política y económica que recorre Europa y España, al pretendidamente viejo, depauperado e insostenible sueño de la *sociedad del bienestar*, debe sucederle el renacido, relegitimado y de nuevo sostenible sueño de una *sociedad de propietarios* donde las relaciones sociales reconstruyan un modelo que actualiza y se aproxima a la *sociedad feudal o señorial*. En esta renovada idea de la *sociedad neofeudal* (Colombo, 1973) existen *señores y ciudadanos*. Sus relaciones funcionan de manera jerárquica y piramidal. La crisis ha permitido empoderarse aún más a los señores y ha facilitado el desempoderamiento masivo de la ciudadanía. En las tantas veces anunciadas y publicitadas «nueva política», «nueva economía» o «nueva sociedad» que emergen tras la Gran Recesión se esconde en no pocas ocasiones este tenebroso viaje al pasado. Los derechos vuelven a ir indisolublemente unidos a la condición de propietario. Los propietarios son los señores, los únicos titulares de derechos y sólo han de guardar sus propias leyes y reglas. Los no propietarios devienen simples ciudadanos, vasallos obligados por la ley común; sólo tendrán acceso a aquellos derechos que puedan pagarse y además les reconozcan los señores.

En este nuevo orden emergente, las relaciones laborales se rigen cada vez más por pseudocontratos desiguales entre trabajadores en precario y desprotegidos y empleadores ungidos de un poder casi absoluto, con instituciones basadas en un modelo que bien podría calificarse como de *neovasallaje*. Se privatiza y dualiza la provisión y consumo de bienes públicos básicos, separando en cuanto a su acceso y consumo a propietarios de no propietarios, a los señores de los ciudadanos. Además se desposee al individuo de la autonomía que hasta ahora le suministraban los derechos asociados a su condición de ciudadano y las políticas del bienestar. En su lugar las nuevas políticas públicas promueven la dependencia que incluye una concepción punitiva y asistencial de los servicios públicos donde, para acceder a los mismos, se requiere a cada individuo el cumplimiento previo de ciertas con-

diciones personales, sociales, morales, familiares o económicas, fijadas y alteradas a discreción por los señores.

Si la gente corriente quiere la solidaridad y la caridad de los ricos, tendrán que aprender a vivir como nos gusta que lo hagan. Es nuestro derecho. Es lo que pagamos. El tiempo del viejo *neoliberalismo* como pensamiento dominante ha terminado. Es la hora del *neofeudalismo*. No se trata de un salto atrás en el tiempo, o que la historia se esté repitiendo y nos hallemos en el camino de vuelta hacia una sociedad feudal con señores, vasallos y feudos. «Al interpretar de esta forma los indicios de la regresión, nos arriesgamos a no entender en su justo término los fenómenos que se están produciendo... la historia no vuelve sobre sus pasos porque, siguiendo la profecía de Marx, tiene más imaginación que los hombres. Lo que hace la historia es tomar derroteros y caminos siempre nuevos» (Minc, 1994). Asistimos a la emergencia de un nuevo orden social y político, un nuevo modelo de ordenar y organizar nuestra sociedad y nuestras relaciones económicas, políticas, sociales e incluso personales.

En el paradigma que construye el proyecto de sociedad *neofeudal* que se impone en la España emergente de la crisis conviven instituciones nuevas y otras viejas renacidas. Unas parecían haber sido superadas por la propia historia, otras parecían irresolublemente contradictorias con la consolidación de una democracia liberal, una economía de mercado o un Estado social y democrático de derecho. En la *España neofeudal* conviven las instituciones propias de una democracia liberal avanzada con la recuperación de viejas instituciones o la ideación de otras nuevas que limitan o subordinan de manera creciente el ejercicio de los derechos políticos o sociales a la condición de propietario. En la *España neofeudal* cohabitan los elementos propios e indispensables de una economía de mercado globalizada e internacionalizada, con la instauración de modelos de relación laboral que reviven y actualizan las antiguas relaciones de vasallaje, o la existencia de mercados donde la única ley descansa en la voluntad de los propietarios. En la *España neofeudal* se superponen las políticas y programas con la apariencia y los formatos de las políticas y los programas de un Estado del Bienestar moderno con una

concepción mendicante, punitiva y por completo dependiente de la voluntad discrecional de gobiernos y élites. En la *España neofeudal* entran a cada momento más en conflicto los intereses de una gran mayoría de ciudadanos y la minoría de los señores. A un lado, los ciudadanos que como tales continúan siendo sujetos de derechos y obligaciones garantizadas por la ley, pueden votar y elegir a sus gobernantes, participar activamente en los asuntos públicos y elegir libremente cómo quieren vivir. Al otro, los señores, los propietarios de la riqueza que reclaman también la exclusiva propiedad de los derechos y el poder absoluto para establecer las obligaciones de los demás y decidir sobre sus vidas, sus oportunidades e incluso sus sueños a cambio de suministrarles bienes como trabajo, estabilidad y orden.

Durante estos años de crisis se ha escrito y hablado mucho sobre el cambio de modelo social y económico que se está produciendo aunque se ha hecho en general de manera inconexa o parcial, a modo de anotaciones sobre los diferentes cambios individuales que se iban registrando en las relaciones sociales o económicas. La escasez de esquemas globales para explicar el proceso de cambio ha reforzado en buena medida la idea de que las decisiones y políticas adoptadas respondían más a la necesidad y la urgencia impuesta por la crisis que a la existencia de unos objetivos relacionados con el modelo predeterminado. Pero se trata de una impresión tan errónea como interesada. La crisis es un escenario, no una causa, es un contexto, no una explicación. Los ricos la estamos aprovechando estratégicamente para impulsar nuestro modelo alternativo. Buscamos transformar de manera radical el funcionamiento del sistema político, las relaciones sociales y los modos de producción económicos. Identificar y desarrollar los elementos centrales de ese modelo y acreditar con datos y hechos la estrategia que lo impulsa será la tarea fundamental a lo largo de las páginas siguientes. Ahora, como punto de arranque, la siguiente tabla (tabla 1) resume los elementos centrales de dicho cambio, sintetizando y comparando las principales diferencias y la evolución desde los elementos constitutivos del modelo ideal de nueva *sociedad neofeudal* hacia al modelo ideal de la *sociedad del bienestar*.

TABLA 1. **Sociedad del bienestar versus sociedad neofeudal.**

	Sociedad del bienestar	Sociedad neofeudal
Gobierno	democrático	plutocrático
Organización social	igualitaria, horizontal	jerárquica, vertical
Movilidad social	alta	baja
Carácter	universal	providencial asistencial
Financiación	impuestos contribuciones sociales	aportaciones individuales
Mercado laboral	negociación colectiva	neovasallaje
Base	pleno empleo	población empleada
Titularidad de los derechos	ciudadano	propietario señor
Requisito de acceso a programas y servicios	ciudadanía	acreditar necesidad cumplir condiciones
Valor preferente	redistribución	acumulación
Legitimidad	democrática	austerocrática

Fuente: Elaboración propia.

Frente a un modelo de *sociedad del bienestar* de gobierno y funcionamiento democrático para una sociedad que busca promover la igualdad y la horizontalidad, se oponen ahora como inevitables y deseables la necesidad y el ideal de un gobierno plutocrático, privatizado en manos de los propietarios de la riqueza, operado por tecnócratas y al frente de una sociedad organizada sobre relaciones jerárquicas y verticales. Al sueño de la *sociedad en red* y horizontal que alumbró el final del siglo xx y la revolución tecnológica, le ha sucedido el inopinado retorno hacia una *sociedad piramidal*, rígidamente estructurada y jerarquizada en función de la propiedad, la riqueza y el control de los recursos. La era de la movilidad social ha terminado. Vuelven los viejos tiempos del «siempre ha habido clases y siempre las habrá». Se acabaron también los años de predominio de las relaciones laborales reguladas por los mecanismos de la negociación colectiva. Emergen nuevas formas de *neovasallaje* laboral donde el trabajo no se concibe ni se protege como un bien social, ni siquiera económico,

sino como una propiedad que el empleador permite usufructuar al empleado bajo determinadas y ventajosas condiciones que puede retirar unilateralmente de manera casi discrecional. La relación laboral retorna a constituir un contrato bilateral y privado, donde el trabajador no tiene más opción que aceptar las condiciones laborales impuestas por el empleador, si no quiere verse fácilmente expulsado de la propiedad del empresario y reemplazado por otro *vasallo* dispuesto a aceptar sus condiciones.

El esquema de protección social ya no tiene como base el supuesto del pleno empleo de la población activa, sino la coyuntura de la población efectivamente empleada en cada momento. En el nuevo modelo emergente de sociedad los servicios públicos se financian cada vez más exclusivamente con contribuciones individuales y menos con impuestos. Se recibe justo aquello que se haya pagado previamente. Las prestaciones pierden su carácter universal para pasar a depender de haber acreditado la necesidad y el cumplimiento de determinadas condiciones y requisitos morales y de conducta. La titularidad de los derechos se asocia a la condición de propietario y se disocia de la condición de ciudadano. En la sociedad neofeudal sólo los señores tienen derechos. El valor preferente a asegurar ya no reside, ni siquiera simbólicamente, en la redistribución de la riqueza y la igualdad de oportunidades, sino que vuelve a residir en facilitar la acumulación de la riqueza. La principal fuente de legitimidad ya no descansa en el carácter democrático de una decisión, sino en lo barata o cara que nos pueda salir a los propietarios, a los ricos.

Las peculiaridades del modelo español de «vía media» al bienestar hacen a nuestra sociedad del bienestar especialmente sensible y vulnerable ante esta «subversión antidemocrática». Revertir la aspiración de la *España del bienestar* hacia la idea de una inevitable, necesaria y sostenible *España neofeudal* resulta una tarea menos costosa que en los países de nuestro entorno. La construcción del Estado del Bienestar en España ha seguido el patrón de lo que algunos autores han llamado una «vía media» hacia la sociedad del bienestar, que incluía características propias de un sistema corporativo basado en el mantenimiento de rentas y la pertenencia a un grupo social o profesional, junto

a elementos propios de un sistema universalista basado sobre la condición de ciudadano (Navarro, 1998; Moreno, 2005, 2012). El régimen del bienestar español se situaba así en una vía intermedia entre las dos tradiciones del bienestar dominantes en el continente europeo, la escandinava y la continental. Operaba sobre una combinación compleja entre las diferencias de ambas tradiciones respecto al alcance de las coberturas, el funcionamiento de los programas y los objetivos a asegurar. El resultado ha sido un régimen del bienestar irregular, variable y contradictorio, pero que parecía evolucionar de manera regular hacia el predominio del modelo de bienestar universalista, empujado por un potente consenso social y el avance del sistema democrático. Nuestra sociedad del bienestar era un proyecto aún en construcción. Su demolición está resultando bastante más sencilla y más rápida que en lugares donde su desarrollo y consolidación no necesitaron esperar a la muerte de un dictador.

Los ciudadanos son culpables

Gobiernos de izquierda y de derecha, reguladores nacionales y supranacionales, ejecutivos de grandes corporaciones o bancos, autoridades en general, han dedicado un especial cuidado a presentar la Gran Recesión como un problema de todos y que por tanto requería un gran esfuerzo colectivo para ser resuelto. Paradójicamente, a la hora de pagar las consecuencias de la crisis ni ha habido ni hay distinciones, ni clases, ni estamentos sociales. El nivel de renta o el patrimonio ni resultaba ni resulta relevante. Ser rico o pobre tampoco. Al parecer ni existían ni existen *señores y ciudadanos*. Al contrario de cuanto sugiere la realidad, no caben matices, no se admiten distinciones, no se registran grados diferentes de responsabilidad. Todos los ciudadanos son igualmente culpables. De acuerdo con el relato dominante, la crisis suponía y supone un drama colectivo y sólo podríamos salir como en Fuenteovejuna, todos a una. Cuando se nos exige un nuevo sacrificio, una y otra vez, también se nos repite que todos vamos a asumir esfuerzos similares porque entre todos hemos

causado la crisis y también se trata de no dejar a nadie atrás, o abandonado a su suerte. Otra mentira más a beneficio de nosotros, los ricos. La realidad no resulta tan solidaria, ni cuenta una historia tan ejemplar. Lo único cierto es que los ricos no hemos pasado por los mismos sacrificios que ha padecido la gran mayoría. Unos pocos incluso han hecho grandes negocios que les ha permitido hacerse aún más ricos gracias a las políticas de sufrimiento masivo.

Los ricos, los gobiernos y el *pensamiento patrocinado* acostumbramos a manejar un lenguaje moralista y ejemplificador para relatar las políticas de gestión de la crisis. Tras tantas lecciones de ética y esfuerzo se esconde la necesidad de ocultar una realidad donde existen ganadores y perdedores. Una realidad donde precisamente los primeros ganan única y exclusivamente porque los segundos pierden. La exaltación permanente de la austeridad como remedio al despilfarro colectivo pasado, causante de todos los males presentes, el discurso del sacrificio como única solución ante tanta desgracia, o la apelación continua a la solidaridad caritativa como instrumento favorito para atender a los más desfavorecidos o castigados por la crisis, permiten presentar a la Gran Recesión como una desgracia colectiva, un mal giro del destino, un fatal accidente donde la culpa fue de todos y nadie puede ser considerado inocente.

La emergencia de la sociedad neofeudal puede retratarse y presentarse así más fácilmente como una consecuencia natural de una crisis donde todos somos responsables y por lo tanto todos resultamos igualmente culpables. La riqueza sólo pertenece a unos pocos, pero la crisis nos pertenece a todos y es justo que así sea porque entre todos nos la hemos buscado, sentencia el relato oficial. Como en la Edad Media, las desgracias vienen decididas por Dios y el destino, no por los señores que las provocan e infligen para aumentar y preservar su dominio. La responsabilidad y la culpabilidad se diluyen así en las reconfortantes y prácticas brumas de una inmensa zona gris donde no se distingue entre ricos ni pobres, culpables o inocentes, favorecidos o desfavorecidos; todos somos iguales y merecemos todas y cada una de las desgracias que se nos vengán encima.